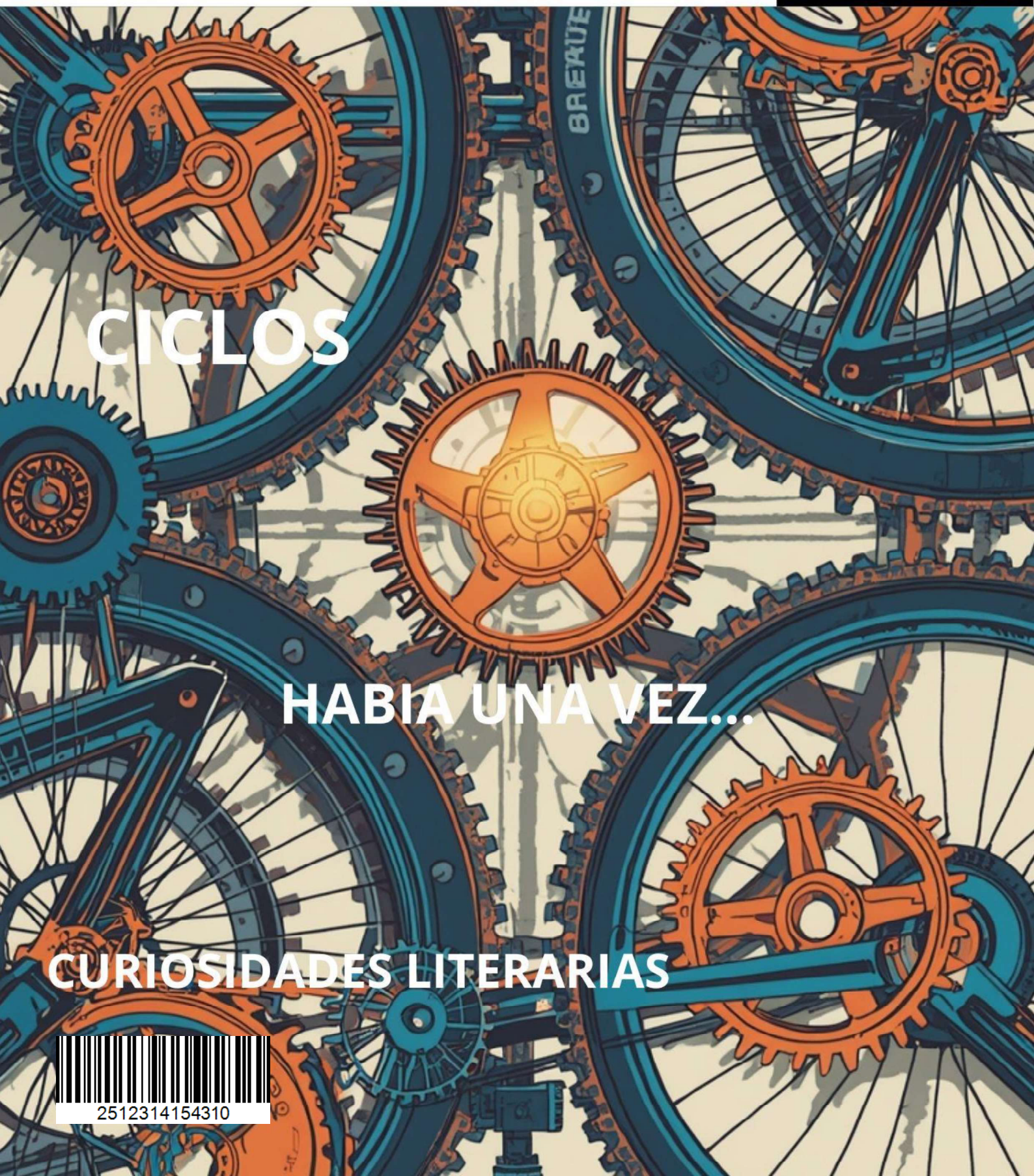
EL HERALDO

N°26 DICIEMBRE 2025



CICLOS

HABIA UNA VEZ...

CURIOSIDADES LITERARIAS

2512314154310

Indice

Carta del Editor 3
Curiosidades literarias 4
Habia una vez 7

CARTA DEL EDITOR

Todo en la vida llega a su fin. Pasan personas, cosas, hechos, amores; así sucede con el año que, a pocos días de cerrar el calendario 2025, nos invita a echar una mirada atrás, hacia el pasado. Y aquí me quiero detener para hacer un repaso de aquellos escritores y poetas que pasaron por este espacio literario dejando su impronta y han seguido su camino.

Un estilo, una manera de escribir, que forma parte del cielo literario que es la Revista El Heraldo, y hoy brindamos este sencillo homenaje a los que ya no están y a los que siguen.

Sin duda, El Heraldo ha marcado un antes y un después dentro del Club Literario El Reino Olvidado, que desde hace ya dos años comenzó a escribir esta página literaria que se transformó en una revista que hermana a escritores y poetas latinoamericanos, quienes comenzaron escribiendo sobre fantasía y, poco a poco, han ido incursionando en otros géneros literarios y expandiendo fronteras hacia nuevos confines.

Ariel Sosa Mansilla

CURIOSIDADES LITERARIAS

Un ciclo literario es un conjunto de narraciones que comparten personajes o temas recurrentes, a menudo basados en mitos o figuras históricas, como los relatos artúricos o las leyendas del Cid, creando un universo narrativo extendido.

Los ciclos literarios, como las leyendas artúricas o el Cantar de Mio Cid, son colecciones de relatos con personajes comunes que se entrelazan, pero las curiosidades literarias van más allá: desde cuentos de hadas oscuros (Cenicienta con hermanastras que se cortan los pies) hasta la misteriosa muerte de Cervantes y Shakespeare en fechas que confunden (23 de abril), o el Quijote siendo el libro más vendido, y la Biblioteca del Congreso siendo la más grande, mostrando cómo las historias evolucionan y la literatura es un fascinante universo de datos y leyendas.

Curiosidades sobre los Orígenes y Evolución de las Historias

Cuentos de Hadas Originales: Versiones como las de los Hermanos Grimm eran mucho más crueles; en la de Cenicienta, las hermanastras terminan con los ojos sacados por pájaros como castigo, ¡y en la Bella Durmiente, el "príncipe" abusa de ella mientras duerme y la deja embarazada!.

Nombres de Libros Antiguos: Los primeros libros no tenían título, se les conocía por las primeras palabras de su texto, y los anteriores a 1501 se llaman "incunables" (cuna, infancia).

Sobre Autores y Obras Icónicas

Cervantes y Shakespeare: Aunque se celebra su muerte el 23 de abril, Cervantes murió un día antes (en calendario juliano, no gregoriano) y Shakespeare, aunque murió el 23 de abril juliano, sería el 3 de mayo gregoriano, ¡un enredo de fechas!.

El Libro sin 'E': Gadsby (1939) es una novela de 50,000 palabras sin usar la letra 'E', ¡una hazaña tipográfica!.

El Autor Prolífico: Ryoki Inoue ostenta el récord por publicar más libros, ¡más de 1000!.

Sobre Libros y Bibliotecas

El Tesoro del Alma: Los egipcios llamaban a las bibliotecas "el tesoro de los remedios del alma", combatiendo la ignorancia.

El Libro Más Robado: Irónicamente, el Guinness de los Récords fue el libro más sustraído de bibliotecas en EE. UU. durante años.

1. El Ciclo Artúrico (Materia de Bretaña)

Herramienta política: La leyenda de Arturo no solo fue ficción; reyes como Eduardo III la utilizaron para justificar sus pretensiones al trono de Francia, afirmando que Arturo había conquistado la Galia mucho antes que Carlomagno.

Influencia regional: En Galicia, existe un "género bretón genuinamente gallego" basado en la afinidad espiritual céltica, con autores modernos como Álvaro Cunqueiro reinterpretando a Merlín.

El destino de Excalibur: Según la leyenda predicha por Merlín, solo quien lograra extraer la espada de la roca sería el legítimo rey de Inglaterra.

2. El Ciclo Tebano (Mitología Griega)

Origen sobrenatural: La ciudad de Tebas fue fundada por Cadmo, quien sembró los dientes de una serpiente gigante (enviada por Ares) en la tierra, de los cuales brotaron guerreros.

Tragedia familiar: Este ciclo incluye la famosa historia de Edipo, quien cumplió la profecía de matar a su padre y casarse con su madre sin saberlo, resolviendo el enigma de la Esfinge en el proceso.

Poder y castigo: El ciclo explora la historia de las instituciones de Tebas y termina con el enfrentamiento y muerte de los dos hijos de Edipo, Polinices y Eteocles.

3. Ciclos y Estructuras Literarias

El libro más largo: Aunque no es un "ciclo" en el sentido clásico, En busca del tiempo perdido de Marcel Proust es considerado por muchos el libro más extenso del mundo, con una estructura circular y repetitiva.

El papel del tiempo: Existe un "tribunal del tiempo" que actúa como juez de la calidad de un ciclo; mientras que los clásicos sobreviven siglos, muchos ciclos contemporáneos son olvidados rápidamente si no conectan con pasiones humanas atemporales.

Ciclos modernos vs. clásicos: A diferencia de los ciclos clásicos densos y filosóficos, las sagas o ciclos actuales suelen ser más "cinematográficos", utilizando frases cortas, capítulos breves y cliffhangers para mantener la atención.

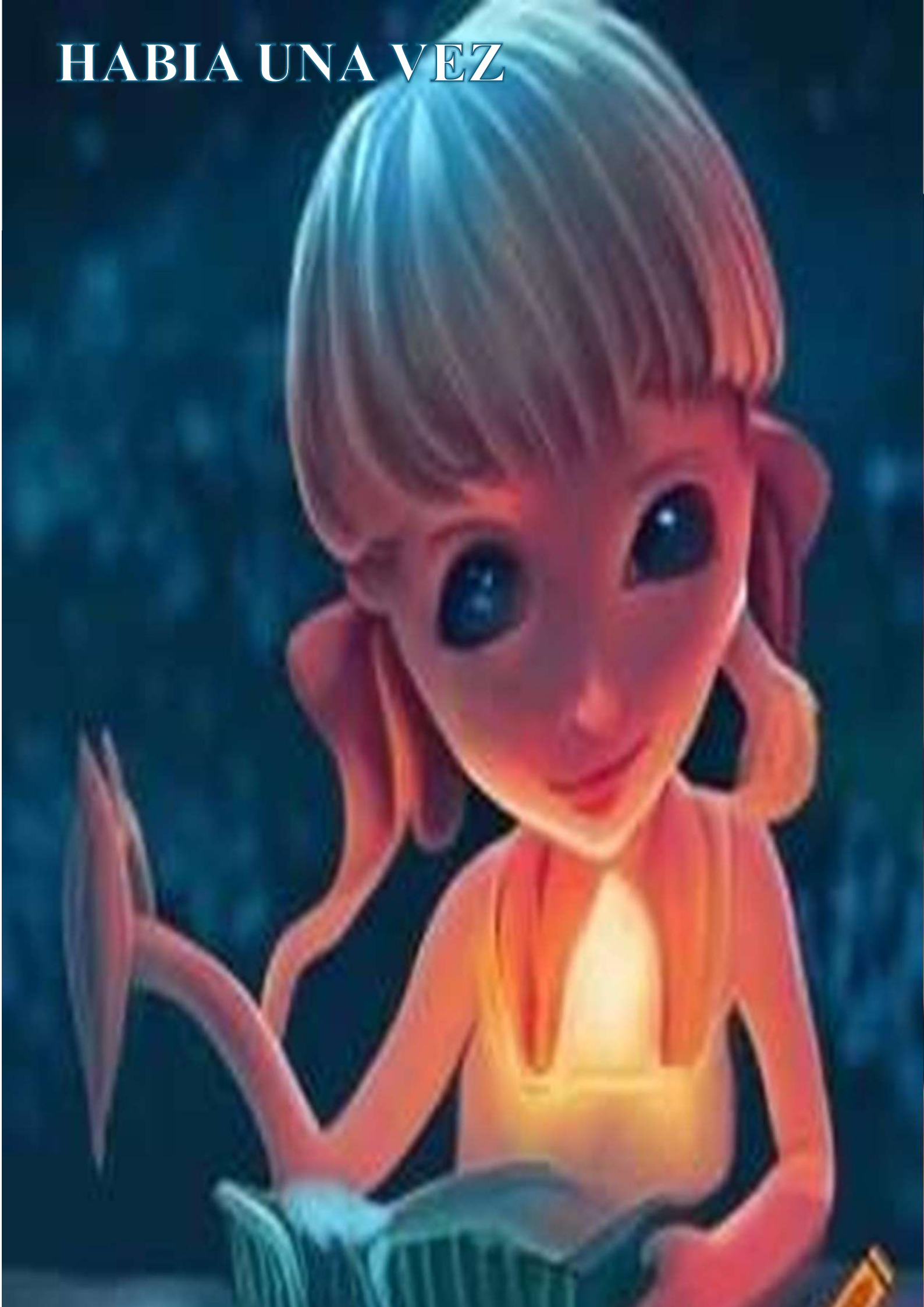
4. Datos Misceláneos

Cervantes y el lenguaje: En su obra fundamental, Miguel de Cervantes llegó a emplear unas 8,000 palabras diferentes, una riqueza léxica inusual para su época.

Simbolismo estacional: Los ciclos literarios a menudo usan las estaciones para representar la vida; por ejemplo, el invierno suele simbolizar tanto el final de un ciclo como el renacimiento.

Clark Lugo

HABIA UNA VEZ



MI PRIMER AMOR HECHO LETRAS

Autor: Raquel Cantero

Érase el año 2017. En mi pequeño estudio tenía muchas ideas acumuladas en mi cerebro, algo que yo he titulado memoria sensorial. Prácticamente me gritaban que las escribiera, pero yo tenía miedo de empezar a escribir por muchas razones. Es irónico: no había comenzado a escribir y ya temía al bloqueo del escritor. Me preguntaba si podría sobrevivir de este arte; me debatía entre trabajar largas horas en un supermercado, asimilarme como policía o cumplir muchas horas en una escuela privada, pero sabía que esas actividades no me permitirían escribir.

Otro motivo era el respeto que tengo hacia la pluma: cómo podemos influir en la humanidad con un escrito. Lo que más me preocupaba era prostituir mi pluma, mis ideales…

En ese proceso de debate interno, y pasando por unos procesos graves de convalecencia en la salud que me obligaron a tomar un reposo prolongado y bajo estricta vigilancia médica, decidí que mi mejor alternativa —y como terapia de catarsis— era empezar a escribir.

Fue de esta manera que escribí mi primera novela digital, Amores sobre el diván, inspirada en un amor platónico, quizás no correspondido y vivido en silencio hacia mi psicólogo. Nadie me cree que la escribí en una noche… es que tenía todas las ideas y sensaciones almacenadas en mi cerebro. La escribí a la antigua: de noche, en papel y lápiz. La dejé reposar unos tres días y luego empecé a estructurarla.

Posteriormente comencé a contactar y frecuentar escritores conocidos para escuchar sus opiniones, críticas y orientaciones. Escuché todas las opiniones con humildad, con la intención de aprender de quienes tenían más experiencia; sin embargo, siempre tuve claro que lo que hace especial a un escritor es desarrollar un estilo literario auténtico y original.

Asistí un par de veces a un grupo de escritores y una editora tuvo la gentileza de revisar el material. A estas personalidades expertas en el tema les gustó mucho mi novela. Algunas personas me dijeron que iba a cautivar al público femenino, pero hay más de un caballero fascinado por mis letras.

Y así, poco a poco, me fui formando de manera autodidacta en el mundo de las letras: leyendo, escribiendo, compartiendo con otros escritores y poetas. Cada día me es más fácil escribir, aunque mis compromisos como profesora a veces no me dejan todo el tiempo disponible.

Mi segundo escrito, un relato inspirado en La Habana, es el más conocido y el que ha levantado más suspicacias e intrigas. El escritor, el artista, puede de manera magistral mezclar la realidad con la fantasía. He tratado de hacer historias frescas, románticas, positivas, quizás hasta rosa.

Aunque tuve la oportunidad —por otra realidad de país— de visitar otras ciudades, países y costas, de las que seguro escribiré un par de relatos, me siento comprometida a escribir sobre los aromas, paisajes, sabores, colores e idiosincrasia de mi tierra. Esto lo comencé con el relato Navidad en Táriba, donde dibujo una Navidad típica en los Andes venezolanos, con sus costumbres, tradiciones y gastronomía.

Actualmente estoy tratando de llevar el taller "Aprender a escribir, escribiendo", el cual es un taller básico introductorio para quien quiera iniciar o coquetear con el mundo de las letras. En dicho taller explico en qué inspirarse (aunque a mí me inspira todo), los géneros literarios más representativos y sus características; igualmente menciono la experiencia de algunos escritores renombrados.

Durante los cinco años estudiando leyes en la Escuela de Derecho no escribí literatura recreativa, que es sin dudas mi género y con el cual me siento cómoda. Sin embargo, me destaqué como ensayista. De hecho, se formó una algarabía en el salón por un ensayo que nos asignó el profesor de Derecho Constitucional basado en el libro El príncipe, de Maquiavelo.

Yo comencé a leer el libro y le pregunté al profesor si podía hacer una especie de comparación entre los postulados manifestados en el texto y la situación política del país. El profesor estuvo de acuerdo y manifestó su aprobación. Duré aproximadamente tres días en casa de una amiga y compañera de estudios para hacer ese ensayo, que debe estar aún en mi correo electrónico.

Sorpresivamente, el día de la entrega de las calificaciones, el profesor —con sus excelentes cualidades histriónicas— comentó:

“Hay un ensayo que, en mis 14 años como profesor universitario, nunca había leído uno tan bueno, tan excelente. Lo busqué en internet y sé que no lo copiaron; no sé si le pagaron a alguien.”

Todo el mundo volteaba a ver las caras de los demás compañeros. Yo estaba muda. Sí sentí satisfacción al corroborar que tenía talento y pasión. Desde ese día me gané el apodo de la poeta o la escritora; de hecho, hay personas que me saludan diciendo:

“¿Cómo está la escritora de corazón audaz y pluma valiente?”

Aunque tengo la capacidad para escribir ensayo, y me gusta —y la vida universitaria lo requiere—, me siento más cómoda y disfruto más escribir relatos, porque para mí es libertad. Puedo trabajar mi imaginación, mi estilo, mis sueños, fantasías y experiencias. A futuro quisiera especializarme en escribir artículos para revistas arbitradas y géneros como la crónica y la ficción histórica.

Pero esta pasión por la lectura no viene de gratis; en mí se cumple la teoría sociocultural de Vygotsky. Tuve la suerte de nacer en un hogar donde mi padre era adicto a los libros, así que había una extensa variedad de textos de diferentes géneros y épocas. Ya he comentado que cada cumpleaños, en vez de la tradicional muñeca que reciben las niñas en estos países latinoamericanos, yo recibía de regalo un libro.

Mi padre sería mi crítico más voraz, y así, poco a poco, sin darme cuenta, comenzó el amor hacia las letras, primero como lectora. Siempre les digo a mis estudiantes: para ser un buen escritor, primero se debe ser un excelente y voraz lector.

En la infancia leí las fábulas de Esopo, de La Fontaine, al escritor colombiano Pombo, a Vargas Llosa, a Isabel Allende, El coronel no tiene quien le escriba de Gabriel García Márquez, y tenía una enciclopedia infantil llamada La Enciclopedia Fantástica, con la cual pasaba largas horas disfrutando sus cuentos e historias después de venir de la escuela.

Una vez le dije a mi padre que iba a ser escritora. Creo que no me creyó, porque guardó silencio. Soñaba con ir a estudiar a Moscú y especializarme en literatura. Estudié Educación, pero extrañamente no se me ocurrió estudiar Literatura; fue un error que nunca se compensará. Por eso, como profesora, cuando alguien manifiesta dudas sobre qué estudiar, hago énfasis en la parte motivacional:

¿qué te gusta?, ¿qué disfrutas hacer?, ¿en qué áreas tienes talentos y en cuáles debilidades?

Es, en resumen, un ejercicio de introspección.

Por allí tengo ideas por escribir sobre playas y ciudades visitadas, y sobre lugares por visitar como escenarios para futuros relatos. Definitivamente, todo en la vida es atreverse. Así comienza un camino maravilloso: poder escribir, impactar la vida de alguien, llenar la vida de alguien de sueños y esperanza, aunque sea por un rato.

Son muchas las historias que aguardan por ser narradas…

CAPERUCITA ROJA, LA LUCHADORA

Autor: Nelson Pérez

Elena, conocida como Caperucita Roja, desciende por la rampa con un movimiento que solo las mujeres de la zona rosa de la capital salvadoreña dominan. Su cabello marrón, ojos amplios y una nariz peculiar, como una banana, la hacen única. La multitud en el estadio monumental Jorge "El Mágico" González estalla en gritos al verla.

Los lobos en primera fila, abandonando temporalmente sus vidas cotidianas, la aclaman como: "Caperucita, mi amor". No son fanáticos de la lucha libre, sino admiradores de su excepcional cuerpo. ¿Cuántos han sido atendidos por ella en habitaciones de hoteles los fines de semana? No importa; la aman.

Dentro del cuadrilátero, Caperucita se mueve como un manjar para los ojos. Su traje de una sola pieza revela su espléndida figura. La capa yace olvidada al pie de la escalera. Su oponente, más alta y robusta, sucumbe ante el clásico paquetito de Caperucita sobre la lona. La cuenta llega a dos, pero el tres se esfuma, dejando a la audiencia ansiosa por el siguiente movimiento en este intrigante duelo.

Ella fue forjada en las penurias del norte, en un hogar desprovisto de recursos y al borde de la inanición. La educación le fue negada, con una madre sumida en las drogas y un padre hundido en la delincuencia. La infancia de Caperucita Roja estuvo marcada por el maltrato de aquellos que debieron haberla protegido.

Vendida por su madre drogada a cambio de marihuana, huyó en busca de libertad y superación, pero los traumas la persiguieron hasta la capital. Días de vendedora de frutas en el mercado central y noches entregadas al mejor postor. Solo los domingos, como el deporte que lleva su nombre, se sentía libre.

En el cuadrilátero, Caperucita despliega su destreza. Golpea a su oponente con maestría, salta con elegancia y la lanza con firmeza. Los lobos gritan: "¡Caperucita shoot!", mientras ella simula una pistola con el dedo índice. Con un salto acrobático cubre a su rival. El árbitro cuenta: uno, dos, tres. El lugar se convierte en un manicomio de emociones.

La victoria la impulsa hacia la oportunidad por el título máximo femenino. Pero al regresar a su habitación, unas píldoras azules marcan el final de su historia, sumiéndola en un sueño eterno.

UNA LUZ EN LA OSCURIDAD

Autora: Daymi Pacheco Avellanes

Allí estaba yo, frente a un espejo que en silencio mostraba el peor de mis reflejos; el pelo revuelto y sucio caía sobre mi pálido rostro, un vestido que alguna vez fue blanco cubría mi desencajado cuerpo, mis pies descalzos y mugrientos, y en las manos un viejo papel daba vueltas sin cesar. En la mirada, un abismo insondable no dejaba ver nada más que el negro manto de la melancolía.

En ese punto de mi vida no sabía por qué estaba allí, ni cuánto tiempo había pasado; tampoco importaba. Mi mente vagaba sin rumbo por sitios desconocidos, por lugares donde no existía nada ni nadie, solo el eco de una canción me hacía compañía. Ponía especial atención a la melodía triste de un violín que desgarraba el aire para llegar hasta mí. Era el único momento del día en que era consciente de algún estímulo exterior; en esos momentos lloraba con la sensación extraña de que había perdido algo, aunque no sabía qué.

Un día desperté entre lágrimas y gritos de espanto; entonces, sobre mi frente, el calor de una mano me hizo abrir los ojos. Ella me sonrió. Era una mujer hermosa, mulata; su pelo ensortijado estaba contenido por una corona de reluciente cobre. Sus ojos grandes me sonreían también, los labios gruesos dejaban ver unos dientes de un blanco inmaculado. Susurraba palabras que no entendía; en su brazo derecho, nueve brazaletes hacían juego con la corona.

De pronto se puso de pie; su opulento vestido de color rojo y morado comenzó a flotar en el aire al compás de una suave brisa provocada por un baile extraño. Su cuerpo se movía de un lado a otro; en sus manos, sendos machetes parecían cortar el aire. Recorrió cada rincón de la oscura habitación y, mientras bailaba, su voz cantaba en una lengua completamente desconocida para mí. Un viento fuerte estremecía las paredes y comenzó a llover estrepitosamente; por unos instantes abandoné mi ensimismamiento y fui consciente de una realidad que estaba más allá de mi cabeza y de mis ideas omnibulantes.

El agua comenzó a inundarlo todo mientras ella seguía avivando los machetes al aire. Veía sus pies danzar con una gracia sin par, a la vez que el viento rugía como poseído por

aquel ritual sin precedentes. Luego se acercó despacio a mí; el viento amainó y la lluvia comenzó a escurrirse. Comencé a sentir el olor a madera lavada mezclado con uvas. Ella besó mi frente y dijo:

—Recordar tu dolor es la única forma de sanarlo. Enfrenta tus miedos y vuelve a ti. Ya es hora.

Un sueño tranquilo me envolvió. No puedo decir el tiempo que dormí. Vi al despertar las paredes húmedas y un olor a uvas me hizo recordar el sueño. Corrí hasta el espejo.

Y allí estaba yo, convertida en un despojo humano en el que apenas me reconocía.

¡Esa persona no se parecía a mí! Desesperada miré a mi alrededor buscando una señal que me dijera por qué estaba en aquel lugar. Miré una puerta: no tenía cerrojo, siempre había estado abierta; era yo quien no quería salir. Entonces recordé el papel entre mis manos; con cuidado comencé a alisar el embrollo en el que se había convertido.

A lo lejos el violín comenzó a sonar y, entre mis manos, apareció su rostro. No tenía la belleza habitual y había perdido el brillo de su negra piel entre las arrugas de la cartulina ya gastada. Era él, sin dudas, el causante de mi desvarío, y mientras el violín arrancaba de sus cuerdas las notas más agudas, en mi mente y mi corazón comenzaron a dibujarse recuerdos y emociones con colores cálidos y fríos, hasta que el gris fue llegando despacio, preludio de la oscuridad que me envolvió cuando lo perdí.

Volví a llorar, pero esta vez en silencio. Lavé mi alma como la lluvia de la noche anterior lavó las paredes. Busqué en lo más profundo de mi corazón sentimientos perdidos y supe que lo amé demasiado, tanto que lo perdoné una y otra vez con tal de no perderlo. ¡Así de grande era mi amor! Encontré allí, hurgando en mi interior, su boca besando otros labios, sus manos tocando otra piel; encontré palabras vacías y gritos apagados en mi garganta ya sin voz. Supe entonces que todo había llegado a su fin.

Dejé caer la foto y caminé hasta la puerta. Me detuve un instante a mirar aquella habitación; me pareció tan inerte y fría. El violín continuaba regalando sus notas al viento. Abrí la puerta y eché a correr. Los rayos del sol cegaron mis ojos; con mis brazos abiertos comencé a dar vueltas y, entre lágrimas, sonreí. Me dejé caer en la hierba; sentía que al

fin me había encontrado. Ya no volvería jamás a ese lugar tan lúgubre; abrazaría la luz de cada día. Aprender a vivir sería mi prioridad.

Pero antes, tenía que saber el origen de aquella música.

Caminé hasta un jardín abandonado; la curiosidad me guió entre rosas y jazmines hasta un viejo banco de madera. Lo encontré con los ojos cerrados; no advirtió mi presencia. A su lado, un estéreo desgastado completaba la orquesta. Aquel violín parecía hablar bajo sus dedos, que se movían con pericia sobre las cuerdas de acero.

Terminó la melodía y pude ver unos ojos tan azules como el mismo cielo. Me miró consternado, tomó mi mano fuertemente y, con voz dulce, dijo:

—Vámonos de aquí, no perteneces a este lugar. Soy tu futuro.

—Es hora de dejar el pasado atrás —contesté mientras le sonreía.

EL NOVATO

Autor: Michel Pérez Pino

El frío de las tinieblas cayó sobre mis hombros, haciéndome estornudar. La preocupación por verme rodeado de árboles y maleza embistió con fuerza mis pensamientos. El sargento había sido puntual; a la una de la madrugada me condujo hasta la posta que debía custodiar durante seis largas horas.

—Este almacén de cohetes es responsabilidad suya a partir de este momento, soldado —me dijo con voz áspera—. ¡No se me vaya a rajar!

Y dando media vuelta se alejó por el sendero que conducía a la carretera.

Caminé dudoso sobre el asfalto que rodeaba el gigantesco depósito y el parqueo aledaño. Mi mente viajó dos días atrás, cuando otro recluta hizo de las suyas llevando mis miedos a la máxima expresión de la cobardía.

—¡La posta 10! Esa es la guardia más mala que te podía tocar, novato —exclamó abriendo los ojos—. Allí, con la frialdad de la noche… suenan las puertas, los camiones, todo lo que sea de metal. Ratones del tamaño de un gato corren por dentro de ese almacén. Además, dicen que los delincuentes que viven en las afueras de la base están locos por entrar para robarse algo a lo que puedan darle camino después.

Dio media vuelta y con sonrisa maliciosa se marchó, dejándome más muerto que vivo. Su misión estaba cumplida. Era costumbre de los viejos reclutas que estaban a punto de licenciarse atemorizar a los nuevos con toda clase de historias espeluznantes; pero ese punto era desconocido por mí, así que me enfrenté a mi guardia con unos temblores que no hicieron caer el fusil al suelo porque estaba bien agarrado a mi cuello con su correa.

La oscuridad era total; apenas podía verme las manos. A cada paso que daba, los árboles se convertían en negros ejércitos que se abalanzaban sobre mí en zafarrancho de combate. Las sombras se empeñaban en jugarme una mala pasada y no pocas veces apunté el AK-47 tras un infructuoso:

—¡Alto, ¡quién va! —, pensando ver a alguien brincar la cerca.

Todas mis estrategias de combate resultaron en vano; nadie respondió. Tembloroso, toqué mi bolsillo en busca de un cigarro, a pesar de recordar las advertencias de los oficiales: los centinelas no deben fumar, porque se ve a cientos de kilómetros de distancia y puedes ser blanco de un atacante fácilmente.

Entonces… un ruido sonó con fuerza en el parqueo, en medio del silencio de la madrugada.

—¡Están aquí! ¡Vienen por mí! —pensé acobardado mientras llevaba el dedo al gatillo—. Pero bueno, el que tiene un arma aquí soy yo, así que me tendrán que matar primero.

En un gesto más de preservación que de valentía avancé, fusil en mano, hacia mis enemigos; ya me veía dando mi vida por mi país. El soldado que murió peleando en su turno de guardia. ¡Una medalla a los caídos en el cumplimiento del deber!

Asomé lentamente mi cabeza por la esquina de la pared, dispuesto a abrir fuego contra los que en mi fantasía apocalíptica se robaban los camiones y los cohetes. Abrí la boca para lanzar mi grito de guerra y caí de nalgas en el suelo, mientras el culpable de mis turbaciones se abalanzó sobre mí. Ese día conocí el verdadero significado de la frase "cagarse de miedo" y también conocí a quien sería mi compañero de lucha durante aquel penoso año del Servicio Militar.

Mochito, un perro chulo que deambulaba por las unidades de la base y que por las noches había hecho del parqueo su domicilio, porque el calor de los camiones lo protegía del frío, había sido el causante de mi pesadilla. Afortunadamente, la turbación hizo que no le bajara el seguro a mi arma.

Le pasé la mano sonriente y él me agradeció con unos buenos lengüetazos. Levanté la vista: unos trazos de claridad rayaban el cielo. Las horas habían pasado y ya amanecía. Sentí la campana del Puesto de Mando en la lejanía. Mi guardia había terminado.

LAS BRISAS DE LA MUERTE

Autor: Matías Eguez

La vida es un sueño compartido por miles de experiencias pasadas, ya vividas en otros tiempos, en otros mundos, con otros seres. Solo venimos a transitar este camino con el deseo de poder llegar a saber qué nos toca hacer, para qué venimos y por qué repetimos nuestras acciones; quién es el que decide seguir en este círculo de nacer, vivir y morir, y por qué tan constante y efímero tiene que ser nuestro pasar.

Muchas veces, cuando camino solo en la oscuridad y en el abrazo de la luna, miro al cielo y veo tantas estrellas que, en mi imaginación, parecen almas queriendo llegar a un lugar que no encuentran. Por ello permanecen ahí, varadas en el infinito asedio del universo, tan vasto de nada, tan lleno de vacío; a los gritos mudos de un bufón de circo o de una calle tan gris, un llanto que no soporta una imagen tan maltratada por la realidad del ser errante.

A menudo, en mi transitar de los días ya vividos y experimentados, suelo sonreír para no llover y para que una almita que me sigue no sufra los penares del infortunio que me tocó vivir hoy y otros días.

En mis victorias he saboreado la felicidad instantánea, tanto como la alegría momentánea, y ahí, en esas pequeñas cosas, me refugio de mis pensamientos oscuros, que solo desean hundirme en el centro de sus mediocridades. Claro que los pensamientos son míos; por ende, mis pensamientos son mediocres y oscuros.

En fin, la vida, en mi pequeña mirada después de lo vivido, no es más que un transitar alegre, festivo y feliz, y también de tristeza, impotencia y bronca: un cúmulo de emociones que hacen que transitemos en un tiempo cuidando de no caer hacia el abismo de lo rutinario y banal.

Yo seguiré caminando y mirando el infinito del universo en la oscuridad, abrazado a mi luna, mientras espero no estar allí arriba con las demás estrellas. Si he de ser efímero, que lo sea como mis sueños al despertar, y no seguir transitando pensando que, en algún lugar, en algún tiempo, en algún sentir, voy a tener la felicidad plena, la dicha divina.

Si he de ser efímero, quiero dormir eternamente en las demás personas que pasaron por mi vereda.

Si he de ser efímero, quiero desaparecer entre las brisas de la muerte.

EL PRIMERO EN LA HISTORIA

Autor: Efraín Ramos

—Listo —dijo el chico, orgulloso de su labor tras haber dibujado aquel intrincado diseño de círculo en el frío y polvoso suelo.

Dejando a un lado el trozo de carbón usado para dibujar en el suelo, el chico comenzó a entrar en el círculo, cuidando de no dañar el meticuloso diseño, hasta que llegó al centro del mismo, donde se sentó despacio.

Una vez allí, cruzó las piernas y miró ambas manos fijamente.

—De funcionar, retribuiré el mal que nos hicieron —pensó el chico, aferrándose a su memoria, recordando lo que lo llevó a ese momento.

Nacido de familia humilde, era el menor de cuatro hijos. Aunque la vida era difícil, era feliz con sus padres y sus tres hermanos, hasta que la guerra entre las casas nobles de Eastweak y Sabender terminó con la vida de su familia en un ataque al pueblo donde vivían, todo por un rumor de guerra. Nunca supo de dicho rumor y nunca importó nada de eso. Lo que resultó cierto fue que las casas nobles, con grandes hechiceros a la cabeza, habían devastado el lugar. Alisteir, en ese entonces de siete años, quedó huérfano y sin nada más que un cuchillo y sus ganas de vivir.

Afortunadamente, su padre fue una persona que sabía leer y escribir, así como también usar la espada. No era el mejor, pero hizo lo que pudo para enseñar a todos sus hijos, incluyendo a Alisteir, a quien apenas enseñó lo básico para sobrevivir.

Tras su pérdida, el niño vagó por el bosque, eludiendo depredadores, cazando y sobreviviendo mientras avanzaba en lo profundo del bosque, donde había estado en varias ocasiones y del que se decía que existió alguna vez, pero su padre siempre se lo impedía. Tras algunas semanas, el chico encontró una especie de gran torre medio derrumbada donde, aventurándose en su interior, halló un lugar donde la estructura era sólida: una biblioteca llena de libros a más no poder. Varios estaban dañados y desperdigados por toda la zona, pero muchos de ellos seguían en sus estantes o eran legibles y recuperables. Alisteir ya no estaría aburrido.

Al leer algún que otro libro, se dio cuenta de que esos textos enseñaban a cómo usar la magia, algo que solo los nobles sabían; además, había otros textos con diversos estudios de muchos lugares del mundo, con datos detallados sobre las diferentes energías y su naturaleza.

Pasaron cuatro años desde ese día. Alisteir se quedó a vivir en ese lugar, concentrándose en leer cada libro que pudo, analizando y acoplando cada pieza de información que había recopilado desde entonces. Ahora, tras convencerse de haber completado su estudio, era momento de implementar lo aprendido y, a su vez, hacer algo que no había visto en la historia de esa interminable biblioteca.

—Muy bien —respiró hondo y, tras exhalar lentamente, cerró sus ojos—. Comencemos.

Es así que el niño comenzó a meditar. Su mente quedó vacía, excepto por una línea de pensamiento consciente, resonante:

—Para usar la magia, se debe sentir el maná. Para sentir el maná, primero se debe llegar a la comunión entre la mente y el corazón. La consciencia es el pensamiento; la emoción y el sentido de la vida es el corazón. La unión de estos permite la percepción. ¡Siéntelo!

Poco a poco, sus ideas se fueron apagando, pero su consciencia permaneció inmutable. Su sentido de vida y su alegría de vivir le fueron guiando, percibiendo poco a poco un flujo tenue pero evidente, como agua que le rodea. Elevando sus manos, puso su intención en ello, buscando mover el cauce del flujo, como vapor que se acerca lentamente, hasta que pudo sentirlo con total claridad. Al abrir los ojos, vio una luz blanca que se formó entre sus manos, lo que le dio una gran alegría, aunque le arrancó su concentración y, por ello, desapareció la luz raudamente.

—¡Sí! —la emoción no se hizo esperar, dándose cuenta de que logró percibir el maná por primera vez—. Debo seguir entrenando, lograr hacer esto incluso cuando esté en movimiento, con los ojos abiertos —se dijo, y así lo hizo.

Algunas horas más tarde, había logrado la proeza; ahora sentía el maná con la claridad con la que sentía su propia piel. Por tanto, ahora venía el siguiente paso.

—Ya es momento de usar esto —declaró, canalizando el maná, y lo direccionó hacia el mismo círculo, iluminando cada línea, letra y forma del círculo mágico, obteniendo así la realización de un hechizo—. Bien.

Ahora, con el hechizo activo, percibió que aquel maná que le circundaba se hacía más y más denso, más y más abundante, manteniéndose de forma autónoma.

Sin perder tiempo, Alisteir se puso a meditar. Sintió el maná y comenzó a dejarlo entrar en su cuerpo. Sintió cómo aquel flujo se irrigaba en sus nervios, como esperaba. Su intención orientó el flujo a través de líneas nerviosas específicas, creando canales que llevaban desde su piel hasta el tronco de su cuerpo, acumulándose en su abdomen y luego ascendiendo hasta su pecho, donde el niño imaginó un dibujo hecho enteramente en maná: una marca que se imprimía en su propio corazón.

El proceso, aunque iba a cierta velocidad, le produjo un dolor que hacía que su concentración menguara, pero continuó. El sudor frío recorrió su frente al tiempo que más y más formas se grababan en su pecho, hasta que finalmente, una vez completo, el maná comenzó a entrar como un torrente en el cuerpo del niño, algo que le sorprendió por instantes, como una inhalación profunda que luego se detuvo, solo para sentir que su pecho estaba lleno de algo cálido que le llenaba de una nueva vitalidad.

—Finalmente, el primer círculo mágico, el primer pozo de maná de la historia… — murmuró el niño, triunfante, para luego caer a un lado y quedar inconsciente.

EMMANUEL

Autor: Nelson Pérez

La larga chamarra negra le protegía de las ramas de los árboles, que se extendían hasta él, tratando de ocasionar heridas en el cuerpo y hacer que regresara por donde había venido.

En su mente todavía vagaban las preguntas que se hizo antes de llegar allí y, a su vez, también pensaba en su amada esposa, a quien había dejado en casa.

Justo al momento cuando un huracán se aproximaba a su vivienda, Emmanuel Loret había salido de su casa para enfrentarse al temible ciclón.

¿Tonto o estúpido? De ninguna manera. Intrépido, valiente y aventurero, eso era él.

Las hojas emitían un leve quejido bajo sus pies, resguardados en unas botas de color negro, como negro era su pantalón y su camiseta también.

Los animales, que estaban escondidos tras los árboles y en medio de las hojas, le miraban con desagrado y mucho temor.

—¿Qué clase de ser era aquel que caminaba en la oscuridad con unos ojos negros y brillantes a la vez? —Un sombrero de ala ancha y del mismo color resguardaba una cabellera alborotada, larga y recogida en un moño.

—Es un monstruo de otro mundo —susurró una ardilla, y su esposo tuvo que taparle la boca para que el visitante no deseado no la escuchara.

Emmanuel sonrió al verse vivo y, maravillado de aquel extraño y mágico lugar, siguió avanzando. Lo había conseguido: no había sido un sueño, era una realidad.

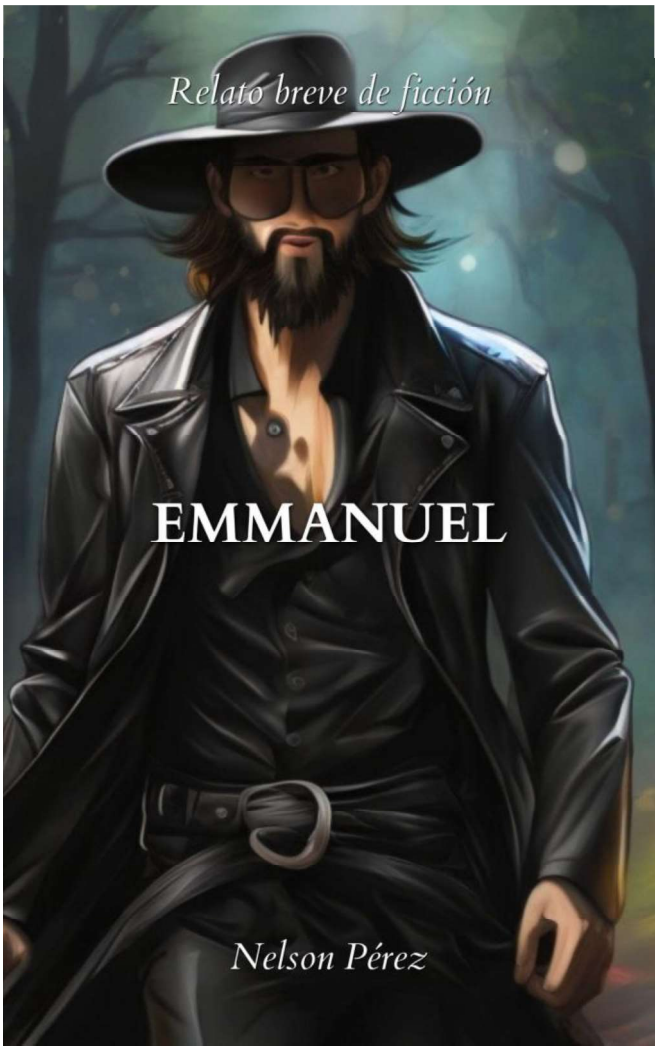
La voz de la mujer le había dicho la noche anterior al día del desastre que saliera a la calle y que se metiera dentro del ciclón, ya que él era la única puerta para viajar a este sitio; aunque, claro, tuvo que hacer un gran sacrificio —abandonó a su esposa—.

Ahora, en su mente surgía una nueva pregunta: ¿había valido la pena tal sacrificio? Era algo a lo que solo él podía darle una respuesta.

Durante años estuvo solo, pasó hambre y se enfrentó a las bestias salvajes, pero jamás se atrevió a lastimarlas. Pronto se hizo amigo de los más temibles seres que rodeaban aquella zona, puesto que sobre una montaña había construido un castillo y, en aquel lugar, vivían también los dragones.

Al paso de los años, más valientes y aventureros llegaron a aquel sitio. Entre ellos: Ariel, Michael, Liz, Karina, Dario, Kenny, mi persona y muchos más, y, por supuesto, también su maravillosa esposa.

Luego, cuando todos nos reunimos en la primera sesión, acordamos nombrarles a ambos: Rey y Reina de los hombres y las mujeres. Poco a poco, fuimos construyendo un maravilloso lugar al cual pusimos por nombre —El Reino Olvidado—.



HOTEL EL PARAÍSO

Autor: Ariel Sosa Mansilla

Hotel El Paraíso, ubicado en la parte vieja de la Ciudad de La Habana, cuyos balcones de los cuartos dan a la playa y desde allí los viajeros que visitan la ciudad pueden contemplar el mar desde sus habitaciones. Pues allí, en ese lugar, procedente desde Argentina luego de un año de trabajo, decidí tomarme unas vacaciones y conocer la bella isla de Cuba.

Pues allí me encontraba, caminando descalzo, pisando las arenas blancas de la playa, y a unos metros el mar bañaba la costa, cuando de repente apareció ante mí una bella morena, vistiendo un diminuto bikini azul, que resaltaba su belleza exuberante, que parecía una Nereida salida del mar para tomar el sol en la playa. Ella me sonrió y me dijo:

—¡Bienvenido, Santiago, a Cuba! —me dijo a modo de saludo.

—Alegría, mi amiga del alma. ¿Cómo estás? —

Nos abrazamos efusivamente; ella se sonrió y se sonrojó porque se dio cuenta de cómo la contemplaba.

—Estás hermosa.

—No es para tanto.

—Claro que sí, mi bella amiga, un sueño hecho realidad poder conocerte.

—Lo mismo digo, amigo.

—Ya no hay WhatsApp, mensajes de texto, audios o fotos. Aquí, en vivo y en directo, frente a ti.

—Sí… —respondió ella nerviosa—. Yo…

—Sé lo que me quieres preguntar y lo que tantas veces hemos hablado, tú y yo. Luego charlamos sobre ello, llévame a conocer tu ciudad.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Alegría. Le tomé una de las manos y comenzamos a caminar juntos. Arribamos al Acuario Nacional, que en unos minutos iniciaba sus

actividades. Pagamos las entradas e ingresamos al lugar, con capacidad para mil espectadores. Minutos después comenzaba la exhibición acuática, donde tenían participación los delfines con sus entrenadores, lo que nos hizo sentir unos instantes como niños al contemplar el desarrollo del espectáculo, que duró aproximadamente dos horas.

Luego abandonamos el lugar y nos dirigimos a la Feria de Artesanías, Antiguos Almacenes San José, donde los artesanos cubanos exhiben y venden sus obras. Allí compré collares y pulseras.

—Son para ti, es un regalo.

—Santiago… gracias… no esperaba eso de ti —dijo ella.

—Te noto nerviosa desde que nos vimos.

—Sí, es cierto. No puedo dejar de pensar…

—Ya estoy aquí para hablar y decirte ante ti, ratificando lo que ya sabes.

—¿Estás seguro?

—Por eso he viajado hasta aquí para verte.

Dicho esto, me acerqué a ella y besé sus labios; no opuso resistencia y correspondió en forma apasionada.

—Lo deseaba tanto…

—Yo también…

—Imaginé este momento de una y mil maneras, pero estás aquí.

—También lo imaginé y lo soñé. Me tienes aquí, voy a estar unos días aquí en La Habana.

—¿Y luego qué? ¿Cómo sigue nuestra historia? —

—Vengo a buscarte, para llevarte conmigo.

Aquellas palabras dejaron absorta a Alegría.

—Santiago…

Ella me abrazó y besó tan apasionadamente que juntos caímos al suelo y luego comenzamos a reírnos como locos de aquella situación tan graciosa.

Regresamos al Hotel El Nacional. Subimos a mi habitación y, ya en el lugar, nos miramos a los ojos profundamente. Acerqué mi aliento cálido sobre la piel de ella; mi boca encontró los labios de ella, un beso tierno que se transformó en una hoguera incontrolable. Las manos de Alegría se desplazaron por mi espalda y, de repente, sentí la necesidad de poseerla. La atraje hacia mí; nos despojamos: ella de su bikini y yo de mi ropa. Terminamos enredados en el lecho como un ovillo de lana, donde la danza armoniosa del amor había dado su inicio para un momento largamente esperado.

Ello fue el inicio de la historia que hoy perdura y continúa en algún lugar perdido de la Argentina.

HILOS LLAMEANTES

Autor: María Isabel Méndez

Hilos llameantes atravesaban el claro vidrio de la ventana. El aire puro que brotaba de los pulmones verdes que embellecen la carretera penetraba su alma en cada suspiro. El amor la llevaba embriagada; en verdad, deseaba ver ese misterioso océano desconocido frente a frente. Un corto episodio lleno de felicidad le aguardaba, esa alegría que le hacía sonreír. Hubo más que el deseo de la carne, y eso lo hizo trascendental. ¡Ella lo amó! Lo amó como no lo había hecho antes; era una materia pendiente de la vida, lo sabía ella, le era necesario conocer, y se arriesgó.

Mientras iba en camino, pensó en el dolor que quizá sufriría si decidía dar un paso. No quiso ver los obstáculos y, con firmeza, avanzó a los brazos de aquel ser que poseía la magia que despertó su inspiración. En su semblante se veía la sombra de la soledad, la cual opacaba su sonrisa. Se escondió tanto que, después de un tiempo, ya no pudo hallarse y gemía internamente porque su alma quería volver a soñar… y soñó.

Lo hizo porque los momentos felices de la vida no se repiten, y estos también se escurren como agua entre los dedos, como corren velozmente las nubes grises arrebatadas por el fuerte viento. Lo intentó porque el amargo sabor de la derrota había dejado un surco que desembocaba en su corazón. Soñó porque volar siempre quiso y no había tenido las alas largas hasta entonces… y voló, voló libre como el viento, desprendiendo ilusión en cada paso que daba. En el camino dejaba el perfume de sus pétalos, así como la rosa recién bañada por el rocío de la mañana.

Sabía que su amor no era correspondido y, aun así, lo dio. Era su amor y solo quería compartirlo; y allí, en su sólida decisión, fue cuando: amó, sonrió, lloró… y luego despertó.

A la mañana siguiente se levantó, y era aún de madrugada. La primera imagen que vino a su memoria fue la de aquel hombre a quien su corazón correspondía. Se puso en pie, tomó un buen baño, se vistió y se dispuso a agarrar carretera; habían pasado seis años desde que había comenzado aquella historia de amor que cambió el rumbo de su vida para siempre.

Sonreía pícaramente porque sabía que lo vería nuevamente; se preguntaba: ¿cómo estaría? ¿Lo vería más delgado, más robusto, más guapo? Sus ojos grises siempre la cautivaron, y ella era feliz con solo recordarlos.

Se ocupó durante el día, y llegando la tarde se aproximaba a verlo. Lo llamó por teléfono; ya se había hecho de noche, le preguntó en qué parte se encontraba y él le dijo que estaba muy cerca del liceo Fermín Toro. Entonces fue cuando logró divisarlo en aquel paisaje urbano. Se dejó llevar a través de las luces en el vaivén de los autos, y en la estación de aquel viejo tren, él la estaba esperando. Llevaba puesta la visera, como de costumbre, con las gafas nacaradas encima; sus ojos grises y el azul rey de su franela hacían ver más blanca su piel rosada.

Al verse de nuevo, el beso no tardó en manifestarse, y el abrazo contenido por años se cumplió. Lo abrazó; aquella noche era húmeda, la llovizna roció sus ropas, el olor de los cuerpos se unió con el calor de la piel, y el agua que caía del cielo era como bálsamo sobre el amor.

Encendió su vehículo y agarró camino; el deseo aumentaba en ambos mientras él manejaba su moto. Al llegar al edificio de aquel paraíso, subieron el ascensor, y él la besó con pasión, como ella lo había soñado. Vivieron la noche más apasionada que pudieron ofrecerse, y un mapa en su lecho dibujó el fuego del amor de aquellos dos.

Hizo bien en no negarse al deseo de su corazón… porque setenta y dos horas después, él se iría de su lado en busca de un mejor porvenir para él y su familia. Quizá se marchaba para siempre, o tal vez con la esperanza de volver. Era algo incierto de saber para él; se iba del calor de su casa, de sus padres, de su hija, de su gente. Se iba del llano dorado, del mágico horizonte donde se miran las bellas flores… del océano desconocido que eran escenarios del mundo fracturado de María… la dulce María que nació al conocerlo y que nunca lo olvidaría.

RETROSPECTIVA

Autora: Esperanza Renjifo Silva

Hoy, una mirada retrospectiva se cuela entre los recovecos de mi alma convulsa, trazando tenues pinceladas de luz de los cometas incansables que le dan inmortalidad a mis ansias, donde cobran colores y dicha el seguir viviendo que el haber vivido. Donde la esperanza es el pan nuestro de mi día a día y nodriza de los días de duelo, mientras los cielos me murmuraban silencios entre amagos de peste.

El sol de la tarde pintaba el cielo de naranja, y yo, con un helado en la mano, siento que el mundo entero era todo mío. Atrás fueron quedando los retablos de cuerpos calcinados y desmembrados de mis padres; atrás, el hambre, la soledad y el encierro de cuatro paredes; atrás, las interminables horas de fatigante estudio bajo una vela derretida y un viejo cuaderno que debía borrar una y mil veces para reutilizarlo lo más posible, grabando en mi cabeza su contenido antes de borrar todas sus líneas; mi fiel tesoro. Llegar al equipo pastoral de Ciudad del Pescador templó la seguridad en mí misma y la opción por lo menos bajo los designios que empezaban a delinearse desde mis carreras de medicina y psicología. Mi corazón seguía latiendo, y mucho; no todo se lo había tragado la tierra. En sus grietas de sal iba brotando una flor de mi alma.

Correteos, reuniones, la planificación de eventos, el compartir mi vida con jóvenes de mi edad o mayores. La rutina de la vida religiosa se permeaba de trabajo y trabajo entre horas de estudio y largas amanecidas con los libros de almohada. Pues, a la par que Ciudad del Pescador iba creciendo en organizaciones de base, mi vida se moteaba de colores, organizando delegaciones de jóvenes para torneos deportivos, haciendo festivales juveniles de teatro, cuento, bailes, cine, radio, entre otros, mediando mis tiempos libres entre los grupos juveniles y mi vida universitaria, pidiendo donaciones para la ejecución de los eventos, escribiendo por aquí y por allá mil oficios, reuniéndome con el episcopado, sacando tiempo para escuchar problemas y mil motivos que iban volcándose en el crecimiento personal y de la organización de base.

Recuerdo muy bien que algunos no confiaban mucho en lo que podía ser capaz de hacer tras un par de trenzas largas y una figura delgada que no aparentaba ni siquiera veinticinco años, pero que en el fondo llevaba cicatrices de vivencias que muy pocos hubieran podido imaginar a esa edad, y ya a punto de culminar dos carreras universitarias en paralelo.

Por donde transitaba, iba trayendo decenas de aficionados a la comunidad: ya para formar el coro parroquial, ya para formar grupos juveniles, ya para realizar la primera radio móvil de la zona, la misma que nadie fue capaz de creer funcionaría con apenas un megáfono, una batería de auto y un par de sillas, una soga colgando de mis hombros y mi esmirriada figura. Y grande fue el asombro cuando, al verme colgar y trepar postes de luz como si nada para conectar luz a mi pequeño equipo y dar vida a un espacio radial, el mismo que luego fue ganando adeptos y hasta publicidad para transmitir cada sábado por la tarde y sin la necesidad de pedir un peso a nadie. La locura de hacer serigrafía con palos viejos recogidos por la calle, clavitos para formar el marco de mis bastidores, la tela que me agencié y las lacas y pinturas que, en un cerrar de ojos, se convirtieron en la imprenta que nadie pudo creer funcionaría en medio de mis loqueras y otras más. Recuerdo mucho las celebraciones zonales, llevando a duras penas una banca de la parroquia por las diversas zonas (cinco zonas) a pie para realizar verbenas zonales, o ir por los caminos del destino, curando a mis primeros pacientes que me salían al paso. Ese "¡ahí viene la doctorcita!" me alegraba el día, pues, aunque yo aún no me la creía, ya estaba haciendo efectivos mis sueños: llevar salud a miles a mi paso, más a quienes no podían costear una auscultada para saber qué rayos tenían.

El tiempo fue pasando y, con él, varios de mis años. Aprendía día a día a conocer a la gente que en mis años de encierro jamás había tenido de cerca; podía tantear el modus operandi de los jóvenes y sus mentiras piadosas, las malas vibras, el mundo y sus contrastes. Me siento muy agradecida con lo que el equipo pastoral trajo a mi vida, pues con él se ponía a prueba todo, absolutamente todo lo que hasta el momento había aprendido. Fue entonces donde pude tomar la opción más acertada de mi vida: dejar los hábitos para poder servir al mundo desde el rincón más cómodo y eficiente que supuse sería el momento del inicio de mi destino. Y es precisamente en ese camino que me encuentro el día de hoy, siguiendo los preceptos de quienes actuaron como mis progenitores desde el día que me recogieron por los caminos perdidos del mundo, descalza y con todos los miedos haciéndose costras en medio de mis hambres.

Fue ese el mejor momento, pues hoy, con este helado entre los dedos, confieso que me hallo en la mejor etapa de mi vida. No habré formado una familia como casi todos lo hacen, ni me habré casado, pero pude darme el gusto de adoptar a dos niños que, al igual que yo, necesitan del amparo de un abrazo para poder llegar al punto donde se vislumbran

las estrellas del cielo. Me siento inmensamente feliz porque, además, la vida me ha colmado de poesía cada minuto de mi existencia. Hoy no puedo vivir sin poesía; ella y yo somos uno por siempre.

AMANECER EN EL MISMO LUGAR

Autor: Juan Carlos Baxtel

Amanece y aún cuestiono mi respirar, si me lo merezco y si realmente lo continúo haciendo. Cada mañana los rayos de sol no templan siquiera mi habitación en este joven verano, y quizás sea porque el invierno se instaló frente a mi ventana.

Si pudiera, dejaría estas cuatro paredes para siempre, iría sin rumbo, pero cualquier rumbo es lo mismo para mí. La frialdad se hizo parte de mi ser, y mi ser no hace otra cosa más que ver frente a la ventana a esa motocicleta. Aquel rayo de sol me lo recuerda cuando el crudo invierno tocó mi vida.

La vida transcurre sin darme cuenta. Caminar disipa las ideas, pero también tortura si se llega a un lugar poco deseado. Las costillas me duelen y un dolor de cabeza me recuerda que es tiempo de regresar.

Regresar quisiera, pero no se puede ni se debe. La casa se vuelve muy grande para mí y papá solo me recuerda la hora de comer; siempre está haciendo algo y lo hace para no pensar más. Todavía no puedo regresar a la escuela: el vendaje de mi abdomen está ajustado y me duele, el yeso de mi brazo aún es tan blanco que el reflejo de la luz me ayuda a iluminar mi habitación a mediodía.

Chucho viene a verme después de clases, pero me hago el dormido, el agotado, el lastimado. Habla con papá un rato; ríen y bromean de estupideces, y se va prometiendo regresar otro día. Toma su bicicleta, cruza la cerca y, con la mochila en los hombros, pedalea libre y ligero; se pierde en el horizonte de aquella abrazadora calle.

Me pesan las piernas, caminar me cansa últimamente. Observo mi bicicleta y la detesto. Y aunque me pese el alma, decido ir a pie. Lento, muy lento camino, sin saber exactamente mi destino; salgo en busca de paz, pero al poco tiempo descubro que tengo una guerra conmigo mismo. Aquella tienda de ropa, el parque y la banqueta donde una vez me vi acompañado y también motivado a no sentirme derrotado. Hoy, simplemente, el recuerdo abre una herida que, siento, jamás cerrará; es más, no quiero que cierre nunca.

El tiempo pasa y sobrepasa con autoridad. De todos los lugares del mundo elijo mi cama y un pequeño sofá. Me desmayo y vuelvo a la realidad una y otra y otra vez más. Solo

escucho a papá llamarme para desayunar, para almorzar y para cenar. Muchas ocupaciones tienen en su mente que hasta se le olvida hablar; como extraños nos miramos cada día al despertar. Creo que el frío invierno de mi habitación se expande sin razón y a mi padre ya lo ha afectado, y en un susurro me disculpo por helar su corazón.

Ya nada es igual. Nada será como antes. ¿Qué habría hecho mamá en lugar de papá?, ¿qué diría ella en este preciso momento? Nunca lo sabré y el dolor se multiplica con su recuerdo. Siento mucho haber nacido en esta familia, siento mucho ser obstinado con ciertas cosas e ideas.

Un odio crece dentro de mí al ver aquella motocicleta, pero más odio me tengo por no desistir de salir aquella tarde con mi hermano. Su habitación aún conserva su olor; sus cosas están casi intactas. Al entrar, el aire me falta, no soporto estar ahí. Cada sitio en este mundo me recuerda mucho a él, pero más peso tiene aquel día: el día que le supliqué que fuéramos a pasear en moto y, en una curva, perder el control. Solo yo traía casco; el mayor golpe lo recibió él. Fue casi instantáneo porque yo no sabía lo que había ocurrido. Sobre el asfalto muy caliente una mancha de sangre se expandía. Pensé que era un sueño, me negaba a creer que éramos nosotros en el pavimento, no lograba conectar con la realidad. Desde ahí el tiempo se hizo tan efímero y hoy todo lo veo como si fuera ayer.

A un mes de su partida, aquel accidente lleva mi nombre y no hay juez más alto en el cielo ni infierno tan sumido en el abismo como mi propia conciencia. Quizás algún día yo me perdone, quizás algún día vuelva a mi libertad, pero mientras tanto, sobre mi cama y a ojos cerrados, soñando quiero estar.

EL VASO DE AGUA

Autora: Yari Morales

Todo estaba devastado. Las carreteras, intransitables; la comunidad, en pleno caos. Postes eléctricos, árboles caídos y derrumbes eran la orden del día. En el vecindario, hombres y mujeres abrían paso para poder salir de sus casas. No había luz, agua ni funcionaba el internet. Estaban incomunicados. Todo era un caos y reinaba la incertidumbre.

María entró a Puerto Rico siendo categoría cuatro, o eso marcaba el radar antes de ser destruido por los fuertes vientos y sus heladas aguas. Fueron más de dieciséis horas castigando con furia a la isla. El agua se las arregló para entrar en casi todas las casas. Todos comentaban que lo peor había sido el agua que se colaba por los aires acondicionados o por las ventanas.

Camelia sabía que era demasiado lejos para ir caminando hasta la casa de sus padres y esperó a que abrieran el paso.

Vio a su vecina frente a la carretera y se detuvo para hablar de la tragedia. Le comentó lo que haría, ya que se sentía muy angustiada e intranquila. La vecina, que momentos antes había escuchado a alguien hablar sobre los peligros del camino, le dijo que era muy peligroso salir en ese momento: las calles estaban intransitables y el tendido eléctrico yacía sobre ellas. Camelia asintió; sabía que era peligroso salir en ese momento. Sin embargo, estaba decidida. Era la única hija mujer y, para ella, sus padres eran su vida. Además, no dejaba de pensar en ellos y temía que no estuvieran pasándola bien. Eran mayores y estaban solos junto a su hermano menor.

En el trayecto solo veía destrucción. A juzgar por lo observado, tomaría mucho tiempo volver a la normalidad. La ansiedad y la nostalgia la invadían. Fueron muchas las rutas y los atajos que tuvieron que tomar antes de llegar a su destino. Casas sin techo, escombros, tendido eléctrico, basura y derrumbes se interponían en su camino.

Al llegar, luego de casi dos horas —algo que en circunstancias normales hubiera sido una ruta de veinte minutos—, se percató de que en la entrada de la casa de sus padres había muchos autos, entre ellos patrullas, ambulancias y camiones de bomberos.

—¿Qué habrá pasado? —le preguntó a su esposo—. ¿Será que le pasó algo al vecino?

—Pues no sé, pero algo serio está pasando —contestó él.

De pronto, un oficial de la policía se acercó al vehículo y les preguntó hacia dónde se dirigían. Ellos señalaron la casa crema y marrón. Le indicaron que era la casa de sus padres. El rostro del oficial se transformó y ellos lo notaron.

—¿Qué ocurre, señor oficial? ¿Pasó algo?

El oficial, visiblemente afectado, les dijo que lo acompañaran. Nadie hablaba camino a la casa; sin embargo, ella sabía que algo estaba sucediendo. Su corazón se agitaba como un caballo desbocado.

Al entrar, la primera imagen que vio fue la de su madre. Estaba visiblemente llorosa y angustiada. Al ver a su hija, rápidamente se abalanzó sobre ella.

—¿Qué ocurre? —dijo Camelia, asustada.

Una vecina la agarró del brazo y la llevó a la sala, no sin antes pedirle que fuera fuerte.

—¡¿Fuerte?! ¿Por qué? —dijo ya malhumorada.

Al llegar a la sala lo comprendió todo. Su padre yacía inerte en el sofá y, junto a él, un vaso de agua helada.

Luego de un tiempo se supo que había sufrido un ataque al corazón durante el temporal. Según su madre, se había quedado en el sillón por horas. Esta, en un momento determinado, le había llevado un vaso de agua helada, como a él le gustaba, porque lo había notado nervioso. Al cabo de varios minutos fue a pedirle ayuda para sacar el agua que entraba furiosa por las ventanas. Fue ahí cuando notó que ya no respiraba. Había muerto en plena tempestad.

María se había llevado su vida, así como se había llevado árboles, tendidos eléctricos, puentes y las esperanzas de un país. Confundida, angustiada y sin saber qué hacer, su madre relató que solo pudo pedirle a Dios que la ayudara a soportar el momento hasta que todo volviera a la normalidad y pudieran volver a salir de sus casas. Fueron horas en las que el llanto ahogaba más que la tormenta; un tumulto de emociones que jamás en su vida hubiera imaginado vivir.

Había decidido quedarse en su casa, junto a su esposo y su hijo menor, sin importar lo que sucediera. Fueron muchas las veces en que su hija les imploró que se fueran con ella a pasar el temporal, pero no quiso abandonar su hogar por nada.

—¡Fueron momentos sumamente difíciles! —le dijo llorando a su hija mientras se abrazaban—. Tuvimos que acostumbrarnos a verlo ahí, inerte, con la esperanza de que volviera en sí y que todo fuera una pesadilla, pero nada pasó. No podíamos salir. El viento azotaba sin piedad y nadie nos podía ayudar. Tan pronto mermaron los vientos, corrimos hasta la casa de los vecinos y ellos salieron, en medio del caos, a buscar ayuda.

La desesperanza reinó en ese hogar, al igual que en la isla entera. Ciertamente, los vecinos fueron su auxilio en medio del dolor. Tardaron horas en mover el cuerpo del hogar. Aunque el huracán se había llevado al ser más importante de su vida, también le ayudó a conocer el alma generosa y solidaria de sus vecinos. Antes del huracán, eran una comunidad que apenas se veía de pasada; luego del huracán, el amor, la compasión y la solidaridad comenzaron a reinar en el barrio.

Camelia, cansada y triste, luego de muchas horas se dirigió a su hogar. Cerca de su casa vio a su vecina aún recogiendo escombros y se detuvo. Esta, al ver el rostro de Camelia, supo que nada estaba bien. El esposo le dio la triste noticia. La vecina se afligió mucho; realmente apreciaba a Camelia y la abrazó. Las lágrimas afloraron en sus rostros, visiblemente marcados por la tragedia.

Luego del abrazo, la vecina guardó silencio. No podía imaginar lo difícil que la estaba pasando. Se sintió impotente, incapaz de decir palabra alguna.

Lo más impactante vendría después, historias similares o peores se siguieron repitiendo en cada uno de los pueblos según se fueron restableciendo las comunicaciones.

Copyright © 2025 Reino Olvidado Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de

recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Impreso en Argentina